

— Sería algún villano, — dijo D.^a Rodríguez, la dueña; — que, si él fuera hidalgo y bien nacido, él las pusiera sobre el cuerno de la luna.

— Agora bien, — dijo la Duquesa, — no haya más: calle D.^a Rodríguez y sosiéguese el señor Panza, y quédese á mi cargo el regalo del rucio, que, por ser alhaja de Sancho, le pondré yo sobre las niñas de mis ojos.

— En la caballeriza basta que esté, — respondió Sancho, — que sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza ni él ni yo somos dignos de estar sólo un momento, y así lo consentiría^a yo como darme de puñaladas; que, aunque dice mi señor que en las cortesías antes se ha de perder por carta de más que de menos, en las jumentiles y asininas^b se ha de^c ir con el compás en la mano y con medido término.

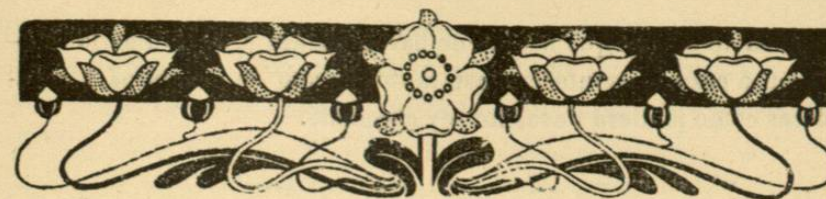
— Llévelo, — dijo la Duquesa, — Sancho al gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo.

— No piense vuesa merced, señora Duquesa, que ha dicho mucho, — dijo Sancho; — que yo he visto ir más de dos asnos á los gobiernos, y que llevase yo el mío no sería cosa nueva. »

Las razones de Sancho renovaron en la Duquesa la risa y el contento; y, enviándole á reposar, ella fué á dar cuenta al Duque de lo que con él había pasado, y entre los dos dieron traza y orden de hacer una burla á D. Quijote, que fuese famosa y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.

a. ...lo consentiría yo. BR.₃, TON. —
...lo consentiría yo. A._{1,2}, PELL., ARR.,
CL., RIV., GASP., ARG._{1,2}, MAL., BENJ.,

FK. — b. ...y así niñas se. C.₁, V.₃, BAR.,
TON., BOW. — ...y asininas se. BR.₃ —
c. ...se ha ir. A.₂, CL., RIV., MAL.



CAPÍTULO XXXIV

Que ^a cuenta de la noticia que se tuvo de cómo se había de desencantar la sin par Dulcinea del Toboso, que es una de las aventuras más famosas deste libro

GRANDE era el gusto que recibían el Duque y la Duquesa de la conversación de D. Quijote y de la de Sancho Panza; y, confirmando en la intención que tenían de hacerles algunas burlas que llevasen vislumbres y apariencias de aventuras, tomaron motivo de la que D. Quijote ya les ^b había contado de la cueva de Montesinos para hacerle una que fuese famosa. Pero ^c de lo que más la Duquesa se admiraba era que la simplicidad de Sancho fuese tanta que hubiese venido á creer ser verdad infalible que Dulcinea del Toboso estuviese encantada, habiendo sido él mismo el encantador y el embustero de aquel negocio. Y, así, habiendo dado orden á sus

a. Que da cuenta. A.₂, ARR., CL.,
RIV., GASP., ARG._{1,2}, MAL., BENJ. —
b. ...de lo que Sancho antes había con-
tado. ARG.₁. — ...de lo que Sancho ya

les había contado. ARG.₂, BENJ. — ...de
lo que Sancho Panza ya les había con-
tado. MAL. — c. ...famosa: porque de lo.
ARG._{1,2}, BENJ.

En tales ahogos andaba á la sazón la hacienda de nuestros Duques, que, sin el generoso auxilio de un su amigo (el burlador de la hija de D.^a Rodríguez de Grijalba), bien pronto hubiera dado en tierra, con gran escándalo de la corte, la suntuosidad de aquella morada, y, junto con ella, el esplendor de sus fiestas palatinas. No maravilla, pues, que, poniendo empeño en ostentar grandeza para mejor encubrir la bancarrota que á pasos de gigante venía tras ellos, llevasen á D. Quijote á caza con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado.

Á la descripción de este brillante cortejo no podían faltar en la pluma de Cervantes toques en verdad cómicos, como el de Sancho, que, poseído de te-

criados de todo lo que habían de hacer, de allí á seis^a días le^b llevaron á caza de montería,^c con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado.

a. ...hacer dispusieron que de allí á quince días llevasen á caza. ARG.₁. = | b. ...días los llevaron á. ARG.₂, BENJ. —
c. ...montería á los dos con. ARG.₁.

rror, subióse á una alta encina, de la que, para desdicha suya, quedó pendiente, tocando casi al suelo con la cabeza y dando espantosos gritos; tantos, que su amo hubo de acudir á sacarle de aquel no menos apurado que ridículo trance.

Cierran el capítulo nuevos é inesperados incidentes, como el de la aparición de tropas de encantadores que traen á Dulcinea en deslumbrador y triunfante carro.

Pero dejemos esta prosa arrastrada, para que relumbre con todo su brillo la del inimitable narrador.

Línea 2 (pág. 165). *Que cuenta de la noticia que se tuvo.* — Asi se lee en la edición de Cuesta de 1615, fol. 132, l. 1.^a, del título de este capítulo; y así continuaron y han continuado leyendo la tercera de Valencia, cuarta y quinta de Bruselas, Barcelona, Tonson, Academia primera, Bowle y Fitzmaurice-Kelly: luego no se ha impreso constantemente, como afirma Hartzzenbusch, esotro título, que bastardea el pensamiento de Cervantes, á saber: «Que da cuenta de la noticia que se tuvo.»

Pellicer dudó si el autor había puesto, en su manuscrito, «Que da cuenta ó que cuenta la noticia». Á pesar de sus vacilaciones, se amoldó al texto primitivo; mas la Academia, en su edición de 1819, creyó ser un olvido de la impresión de Cuesta, y, juzgando no apartarse de la buena sintaxis, aumentó el epigrafe con la palabra *da*.

Entendemos que el impresor aquí copió á la letra el original del autor, y que, por tanto, no hay necesidad de corregir este epigrafe. Cervantes, en algunos otros pasajes de sus obras, usa del verbo *contar* con la preposición *de*. En la novela de *Las dos doncellas*, dice: «De lance en lance volvieron á las alabanzas del huésped encerrado, y *contaron de* su desmayo y encerramiento, y *de* que no había querido cenar cosa alguna.»

Contaron de vale, en este pasaje, por *hablaron de*, *trataron de*.

Igual significación tiene en esotra cita:

«Así que, señor, seguid vuestra historia, *contad de* Alonso, y *de* Martina acoceada á vuestro gusto.» (*Persiles y Sigismunda*, lib. III, cap. 7.)

El uso del verbo *contar* con la preposición *de*, en la acepción *hablar ó tratar de*, no fué cosa nueva ni peculiar de nuestro ingenio: venia de muy antiguo.

El autor del *Poema de Alejandro*, en la copla 1212 dijo:

«Lexemosvos el Rey, *de los otros contemos*
Todos eran buenos, nos dellos fablemos»;

y en la copla 1299:

«Quierovos un poco de todo lo al dexar,
Del pleyto de Babilonia vos quiero cuntar.»

Diéronle á D. Quijote un vestido de monte, y á Sancho otro verde de finísimo paño; pero D. Quijote no se le^a quiso poner, diciendo que otro día había de volver al duro ejercicio de las armas

a. ...se lo quiso. TOX. — ...se lo quiso. ARG._{1,2}, MAI., BENJ.

Escritas las líneas precedentes, y abierto, al acaso, el libro de Urdaneta, hallamos en él eficazísimo apoyo:

«...*que cuenta de la noticia, etc.* — El texto está bien aun gramaticalmente hablando, y es además imitación de un modismo usado en los libros caballescicos y en otros; así el título del capítulo I, del libro III de *Amadís*, dice: «donde se *cuenta de* las cosas, etc.» En el romancero se encuentra varias veces el modismo, como en aquel anónimo de «El rei don Rodrigo y la Duquesa de Lorena.» «Y cada uno *decía de* su razon y derecho;» en Coloma leo (Trad. de Tác., lib. II) «y *cuenta de* las opiniones, etc.» Las elipsis que hai en estas frases, les dan cierto sabor caballescico, muy propio de tal novela; por lo que Cervantes las usa varias veces, como en el capítulo LIX de la 2.^a parte; «también he oído *decir de* su valor.» «Para *decir* extensa y claramente, *Deste* naval conflicto.» (Ercilla.)

«*Que cuenta de lo que* á Telisenda en Trapisonda aconteció» (mote del cap. 29, lib. 3.^o, pág. 2, de *Guzman de Alfarache*). (*Cervantes y la crítica*, pág. 590.)

5 (pág. 165). *Grande era el gusto que recibían el Duque y la Duquesa... el encantador y el embustero de aquel negocio.* — «Le duc et la duchesse trouvaient un plaisir extrême à la conversation de don Quichotte et à celle de Sancho. Mais ce qui étonnait le plus la duchesse, c'était que la simplicité de Sancho fût telle qu'il arrivât à croire comme une vérité infallible que Dulcinée du Toboso était enchantée, tandis qu'il avait été lui même l'enchanteur et le machinateur de toute l'affaire. Enfin, s'affermissant dans l'intention qu'ils avaient de jouer à leurs hôtes quelques tours qui sentissent les aventures, ils prirent occasion de celle que leur avait contée don Quichotte de la caverne de Montésinos, pour en préparer une fameuse.»

Cotejando el texto español y la traducción francesa de este pasaje, adviértese al punto que Viardot creyó debía invertirse el orden de la construcción para reparar, según él, un yerro de impresión cometido por Juan de la Cuesta al estampar en 1615 esta *Segunda Parte del Ingenioso Hidalgo*.

Romper, decimos, la rotundidad del periodo en frias y desmayadas cláusulas, propias del estilo cortado, tan del gusto de los franceses, á pretexto de rendir homenaje á un orden sobre el que los ideólogos no se han puesto todavía de acuerdo, es atrevimiento del que no puede absolverse al autor de una edición crítica.

6 (pág. 165). ...y, *confirmandose en la intención que tenían de hacerles algunas burlas... tomaron motivo de la que D. Quijote ya les había contado de la cueva de Montesinos.* — No fué D. Quijote, sino Sancho, el que contó la aventura de la cueva de Montesinos; y la contó á la Duquesa, sin que se hallasen presentes el Duque ni D. Quijote, como puede verse en el capítulo anterior.

El encantamiento de Dulcinea, forjado por Sancho, en su segunda embajada al Toboso, para salvar las mentiras que había referido á su amo sobre la primera, preparó la aventura de la cueva de Montesinos, así como ésta pre-

y que no podía llevar consigo guardarropas ni reposteras. Sancho sí tomó el que le dieron, con intención de venderle en la primera ocasión que pudiese.

Llegado, pues, el esperado día, armóse D. Quijote, vistióse Sancho, y, encima de su rucio, que no le quiso dejar aunque le daban un caballo, se metió entre la tropa de los monteros. La Duquesa salió bizarramente aderezada, y D. Quijote, de puro cortés y comedido, tomó la rienda de su palafrén, aunque el Duque no quería consentirlo; y, finalmente, llegaron á un bosque que entre dos altísimas montañas estaba, donde, tomados^a los puestos, paranzas y veredas, y repartida la gente por diferentes puestos, se comenzó la caza con grande estruendo, grita y vocería, de manera que unos á otros no podían oírse, así por el ladrido de los perros como por el son de las bocinas.

Apeóse la Duquesa, y, con un agudo venablo en las manos, se puso en un puesto por donde ella sabía que solían venir algunos

a. ...donde tomaron los. TON.

paró la del desencanto en el bosque de Pedrola. Para hacer esta última verosímil, fué preciso engañar antes á Sancho y hacerle creer como verdadero el encanto que él mismo había inventado. Así lo acababa de conseguir la ingeniosa travesura de la Duquesa; y, de esta suerte, quedó llano y desembarazado el campo para la presente aventura, la más pomposa y magnífica de todo el *Quijote*, y en cuya descripción Cervantes lució las galas de su rica y fácil fantasía, á par de las del lenguaje castellano en este género de composiciones. La transformación mágica de la heroína, que nació de los incidentes de la penitencia del héroe en Sierra Morena, viene enlazada con los que siguieron desde entonces y continúa enlazándose con los restantes hasta el fin de la fábula, en cuyo último capítulo resuena todavía y se menciona el desencanto de Dulcinea.

En la primera edición de Argamasilla, t. III, pág. 395, nota 207, se opta por la variante, defendida con leve fundamento: «...tomaron motivo de lo que Sancho antes había contado.»

Lleno de escrúpulos, retoca en la segunda, t. III, pág. 421, nota 154, la variante anterior: «...tomaron motivo de lo que Sancho les había contado.»

Para Máinez se hacía forzoso modificar el texto primitivo; y, así, en el t. IV, pág. 258, leyó: «...tomaron motivo de lo que Sancho Panza ya les había contado.»

Más respetuoso con la tradición, Clemencin, t. V, pág. 193, dejó intacto el pasaje, pero fundamentando muy juiciosamente las razones que á ello le movían.

15. ...y, con un agudo venablo. — Lanza corta y arrojadiza llama la Academia al *venablo*. Para Covarrubias es arma particular de monteros que van á caza de jabalíes.

Casi propio de gente principal, no sorprende que lo llevase la Duquesa.

jabalíes. Apeóse asimismo el Duque y^a D. Quijote, y pusiéronse á sus lados. Sancho se puso detrás de todos sin apearse del rucio, á quien no osaba^b desamparar por que no le sucediese algún desmán. Y, apenas habían sentado el pie y puestos^c en ala con otros muchos criados suyos, cuando, acosado de los perros y seguido de los cazadores, vieron que hacia ellos venía un desmesurado jabalí crujiendo dientes y colmillos y arrojando espuma por la boca; y, en viéndole, embrazando su escudo y puesta mano á su espada, se adelantó á recibirle D. Quijote: lo mismo hizo el Duque con su venablo; pero á todos se adelantara la Duquesa si el Duque no se lo estorbara.

Sólo Sancho, en viendo al valiente animal, desamparó al rucio y dió á correr cuanto pudo, y, procurando subirse sobre una alta encina, no fué posible; antes estando ya á la mitad della^d asido de una rama, pugnando^e subir á la cima, fué tan corto de ventura y tan desgraciado, que se desgajó la rama, y al venir al suelo se quedó en el aire, asido de un gancho de la encina, sin poder llegar al suelo.

a. ...Duque y tambien D. Quijote.

ARG., BENJ. — b. ...no osara desamparar.

C., V., BR., BAR., BOW. —

c. ...y puesto en. C., V., BR., BAR.,

BOW. — ...y puesto en. A., PELL.,

ARR., CL., RIV., GASP., MAT., FK. —

...y puestose en. TON. — ...y puestose en.

ARG., BENJ. — d. ...mitad del asido.

C., BR., TON., BOW. — e. ...pugnando por subir.

ARG., BENJ.

«Helo, helo por do viene — el infante vengador,
Caballero á la gineta — en caballo corredor,
Su manto revuelto al brazo, — demudada la color,
Y en la su mano derecha — un *venablo* cortador,
Con la punta del *venablo* — sacaría un arador.»

(DURÁN. *Romancero*, n.º 294.)

«Desque el Rey lo ha rodeado — salierase cabe el río
Do se hubo de apearse — por necesidad que ha habido.
Encomendóle un *venablo* — á ese malo de Bellido:
Dorado era y pequeño, — qu'el Rey lo traía consigo.»

(DURÁN. *Romancero*, n.º 777.)

4. Y, apenas habían sentado el pie y puestos en ala. — No ha de juzgarse como osadía de ediciones vulgares la levisima modificación que introducimos en el texto. Puesto leyeron la mayoría de los editores; *púestose*, que dicen los menos, es enmienda que va contra el autor. La nuestra ha de tenerse como reparo hecho únicamente al cajista.

15. ...se quedó en el aire, asido de un gancho de la encina. — Que lo grotesco de la figura de Sancho no rebasa la nota cómica de esta situación, lo dice aquel otro pasaje arriba citado (pág. 41), en el que nos presenta á la fiel y pudorosa Melisendra pendiente de un clavo por habersele asido la punta del faldellín, expuesta á la risa brutal de los concurrentes al mesón en que maese Pedro mostraba las figuras de su retablo.

Y viéndose ^a así, y que el sayo verde se le rasgaba, y pareciéndole que si aquel fiero animal allí llegaba ^b le podía alcanzar, comenzó á dar tantos gritos y á pedir socorro con tanto ahinco, que todos los que le oían y no le veían creyeron que estaba entre los dientes de alguna fiera. Finalmente, el colmilludo jabalí quedó atravesado de las cuchillas ^c de muchos venablos que se le pusieron delante; y volviendo la cabeza D. Quijote á los gritos de Sancho, que ya por ellos le había conocido, vióle pendiente de la encina y la cabeza abajo, y al ^d rucio junto á él, que no le desamparó en su calamidad.

10 Y dice Cide Hamete que pocas veces vió á Sancho Panza sin ver al rucio, ni al rucio sin ver á Sancho: tal era la amistad y buena fe que entre los dos se guardaban.

Llegó D. Quijote y descolgó á Sancho, el cual, viéndose libre y en el suelo, miró lo desgarrado del sayo de ^e monte, y pesóle en el alma, que pensó que tenía en el vestido un mayorazgo. En esto atravesaron al jabalí poderoso sobre un ^f acémila, y, cubriéndole con matas de romero y con ramas de mirto, le llevaron, como en señal de vitoriosos despojos, á unas grandes tiendas de campaña que en la mitad del bosque estaban puestas, donde hallaron las mesas en orden y la comida aderezada, tan suntuosa y grande, que se echaba bien de ver en ella la grandeza y magnificencia de quien la daba.

Sancho, mostrando las llagas ^g, á la Duquesa, de su roto vestido, dijo: «— Si esta caza fuera de liebres ó de pajarillos, seguro estuviera mi sayo de verse en este extremo. Yo no sé qué gusto se recibe de esperar á un animal que, si os alcanza con un colmillo, os puede quitar la vida. Yo me acuerdo haber oído cantar un romance antiguo que dice:

30 « De los osos seas comido,
Como Favila el nombrado. »

a. ...y viéndole así. BR.₅. — b. ...alli allegaba le. C.₄. BR.₄. BOW. — c. ...las cuchilladas de. BR.₅. TON. — d. ...y el rucio. GASP. — e. ...fayo del monte. V.₃. | BR.₅. BAR. — f. ...una acémila. C.₄. BR.₄. TON., BOW., PELL., ARR. — g. ...mostrando á la Duquesa las llagas de su. ARG.₁. BENJ.

29. « De los osos seas comido
Como Favila el nombrado. » —

En la fuente más conocida de todos (el *Romancero*, de Durán) no hay ninguna composición en la que se lea el verso:

« De los osos seas comido — como Favila el nombrado »;

— Ese fué un rey godo, — dijo D. Quijote, — que yendo á caza de montería le ^a comió un oso.

— Eso es lo que yo digo, — respondió Sancho: — que no querría yo que los príncipes y los reyes se pusiesen en semejantes peligros, á trueco ^b de un gusto que parece que no le ^c había de ser, pues consiste en matar á un animal que no ha cometido delito alguno.

— Antes os engañáis, Sancho, — respondió el Duque; — porque el ejercicio de la caza de monte es el más conveniente y necesario para los reyes y príncipes que otro alguno. La caza es una imagen

a. ...montería lo comió. FK. — b. ...á trueque que. V.₃. BAR.
c. ...no lo avia. BR.₅. TON. — ...no lo habia. ARR.

pero si trae un romance tomado de la colección *nuevamente sacada de las historias antiguas* y formada por Lorenzo de Sepúlveda. Dice así:

« Muerto era ese buen Rey, — don Pelayo, era llamado,
Que ganó de lo perdido — por Rodrigo desdichado.
Enterráronlo dentro en Cangas, — su hijo heredó el reinado;
Don Favila se llamaba, — nieto del otro preciado.
Dos años lo tiene no mas, — porque era muy liviano;
Amaba mucho la caza, — mas que conviene á su estado:
Corriendo la montería — un gran oso habia hallado;
Matarle quieren los suyos; — Favila les ha mandado
Que ninguno mate al oso, — que él solo quiere matarlo.
Luego arremetió con él, — á los brazos han llegado;
Mas por la su desventura — el oso lo habia matado. »

(DURÁN. *Romancero*, n.º 612.)

Que por ventura existió algún romance en el que se leía el verso propuesto, lo tenemos por muy verosímil; y, caso de que algún crítico más afortunado que nosotros tenga acotación especial sobre este punto, entonces la probabilidad se trocará en certeza.

Que la poesía popular y la historia corran parejas al llorar y referir la muerte de Favila, lo muestra la cita que de la *Estoria de Espanna que fizo el muy noble rey D. Alfonso* (cap. 579) va á continuación:

«...este rey Ffávila fue omne liviano de seso, et amaua mucho la caça mas que non deue; et el corriendo un día mont, ffallosse con un osso et deffendia a todos los suyos que ge le dexassen; e ell atreuiendosse en su fuerça, fue lidiar con ell un por otro, et fue assi por su mala uentura quel mato el oso.»

5. ...á trueco de un gusto que parece que no le había de ser. — « No lo habia de ser », así lee Arrieta. Cabrera, en su proyectada corrección al texto académico de 1819, entendia, apoyado en aquel pasaje: « ...sacaré á vuestra merced deste purgatorio, que parece infierno y no lo es », que la lección legitima es lo. Por respeto al texto primitivo, ya que la variante no envuelve absurdo, queda tal como se estampó en la oficina de Juan de la Cuesta.

8. ...el ejercicio de la caza de monte es el más conveniente y necesario para los reyes y príncipes. — Obra de un rey á quien la historia ha dado el renombre

de la guerra: hay en ella estratagemas, astucias,^a insidias para vencer á su salvo al enemigo; padécense en ella fríos grandísimos y calores intolerables, menoscábase el ocio y el sueño, corroborá-

a. ...astucias è insidias. Tox.

de *sabio*, y previsor en muchos de los asuntos que atañen á la gobernación del Estado, *las Partidas* traen á la memoria este pensamiento, que con tanto encomio se nos ofrece en el pasaje que ahora comentamos:

«Mañoso deue el Rey ser, e sabidor de otras cosas, que se tornan en sabor, e en alegría, para poder mejor sufrir los grandes trabajos e pesares, quando los ouiere, segund diximos en la ley ante desta (1). E para esto vna de las cosas que fallaron los sabios, que mas tiene pro, es, la caza, de qual manera quier que sea: ca ella ayuda mucho a menguar los pensamientos, e la saña, lo que es mas menester al Rey, que a otro ome. E sin todo aquesto de salud, ca el trabajo que en ella toma, si es con mesura, faze comer, e dormir bien, que es la mayor cosa de la vida del ome. E el plazer que en ella rescibe, es otrosi grand alegría, como apoderarse de las aues, e de las bestias brauas, e fazerlas, que lo obedezcan, e le siruan, aduziendo las otras a su mano. E por ende los antiguos tuieron, que conuiene esto mucho a los Reyes, mas que otros omes: e esto por tres razones. La primera, por alongar su vida e salud, e acrescentar su entendimiento, e redrar de si los cuidados e los pesares, que son cosas que embargan mucho el seso: e todos los omes de buen sentido deuen esto fazer, para poder mejor venir a acabamiento de sus fechos. E sobre esto dixo Caton el Sabio, que todo ome deue a las vegadas boluer entre sus cuydados alegría e plazer ca la cosa que alguna vegada non fuelga, non puede mucho durar. La segunda, porque la caça es arte, e sabiduria de guerrear, e de vencer; de lo que deuen los Reyes ser mucho sabidores. La tercera, porque mas abundantamente la pueden mantener los Reyes que los otros omes. Pero con todo esto, non deuen y meter tanta costa, porque menguen en lo que han de cumplir. Nin otrosi non deuen tanto vsar della, que les embargue los otros fechos, que ha de fazer. E los Reyes que de otra guisa vsasen de la caça, sin non como dicho auemos, meterse yen por desentendidos, desamparando por ella los otros grandes fechos, que ouiesesen de fazer. E sin todo esto, el alegría, que dende rescibiessen, por fuerça se le sauria a tornar en pesar, onde les vernian grandes enfermedades en lugar de salud: e demas auria Dios de tomar dellos vengança con grand derecho, porque vsaron, como non deuián, de las cosas que el fizo en este mundo.» (Partida II, tit. V, ley XX.)

Inspirándose el autor de *El Ingenioso Hidalgo* en estas ideas, que, sin duda, la tradición de nuestros mayores hizo llegar á él, pone en boca del Duque la frase, ya típica, de que «la caza es una imagen de la guerra»; pensamiento calcado en aquellas palabras de la ley de *Partidas*: «la caza es arte e sabiduria de guerrear e de vencer».

Posteriormente, nuestro Saavedra Fajardo, conocedor de cuanto se habia dicho sobre la materia, parafraseó así el texto del primero de nuestros códigos como el del autor del *Don Quijote*.

«Lo robusto y suelto en la caza del Rey nuestro señor, padre de vuestra alteza, su brio y destreza en los ejercicios militares, su gracia y airoso movi-

(1) La ley XIX trata de *Como el Rey deue ser mañoso*.

ranse las fuerzas, agilitanse los miembros del que la usa, y, en resolución, es ejercicio que se puede hacer sin perjuicio de nadie y con gusto de muchos; y lo mejor que él^a tiene es que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza, excepto el de la

a. ...que tiene. Br.^o.

miento en las acciones públicas, ¿qué voluntad no ha granjeado?... Para mayor disposición de estos ejercicios es muy á propósito el de la caza. En ella la juventud se desenvuelve, cobra fuerzas y ligereza, se practican las artes militares, se reconoce el terreno, se mide el tiempo de esperar, acometer y herir, se aprende el uso de los casos y de las estratagemas. Allí el aspecto de la sangre vertida de las fieras, y de sus disformes movimientos en la muerte, purga los afectos, fortalece el ánimo, y cria generosos espíritus, que desprecian constantes las sombras del miedo. Aquel mudo silencio de los bosques levanta la consideración á acciones gloriosas «y ayuda mucho la caza (como dijo el rey don Alonso) á menguar los pensamientos, é la saña, que es más menester al Rey que á otro home. E sin todo aquesto da salud; ca el trabajo que se toma, si es como mesura, face comer, é dormir bien, que es la mayor cosa de la vida del home». Pero advierte dos cosas: «Que non debe meter tanta costa, que mengüe en lo que ha de cumplir, non use tanto della, que le embargue los otros fechos.» (SAAVEDRA FAJARDO. *Idea de un Príncipe político-cristiano*, Empresa III.)

3. ...y lo mejor que él tiene es que no es para todos, como lo es el de los otros géneros de caza. — Eran estos el de *ballestería*, ó arte de fieras mayores; *cetrería*, ó caza de aves con halcón; *montería*, ó caza de jabalies y venados; y *chucherías*, ó arte de cazar con ceptos, hurones, etc.

Dos, el de *cetrería* y *montería*, constituían, como diríamos á la moderna, el principal *sport* de los Duques. Á ellos se refiere cuando, en el cap. 30, dice que, tendiendo D. Quijote la vista por un verde prado, vió entre otra mucha gente á una gallarda señora sobre un palafrén ó hacanea, llevando en la mano izquierda un azor (era la Duquesa); y cuando más adelante, ó sea en este mismo capítulo, nos habla de una «caza de montería con tanto aparato de monteros y cazadores como pudiera llevar un rey coronado».

Que con ser muy noble el ejercicio de la caza, y aun reflejando todavía una como imagen de su antiguo esplendor, estaba en decadencia en lo que mira á su más alto fin por los días en que D. Quijote era huésped de los Duques, lo dice, con alto sentido histórico, el autor de las siguientes líneas:

«Estas grandes batallas contra las fieras teníanlas ellos por placer extraordinariamente exquisito, el más propio de su alcurnia y condición, y no sólo imagen, sino aprendizaje ó simulacro de la guerra que ya no hacían, sino raras veces, pero á cuyo ejercicio se creían siempre llamados, y, aunque ya no lo estaban en realidad, constantemente dispuestos y apercebidos. La guerra era la obsesión hereditaria de un patriciado esencialmente militar, y, como suele ocurrir en toda transformación histórica, perseveraba el sentir, habiendo ya desaparecido la cosa. Se asegura que al que le amputan un miembro sufre dolor en el miembro que ya no tiene; por modo análogo, en el organismo social sobreviven á las funciones que cesan, los impulsos morales que los pusieron antes en movimiento. Los Grandes del primer tercio del siglo XVII no eran guerreros, al menos como tales Grandes y considerada en